

La academia del costal

La reedición de un clásico. Antonio Burgos analiza los cambios sucedidos en el mundo del costal casi cuatro décadas después de que escribiera su libro ‘Folklore de las cofradías de Sevilla’, que la Universidad ha vuelto a editar este año

Fernando Pérez Ávila.

Treinta y ocho años hace ya que de la pluma de Antonio Burgos saliera su célebre Folklore de las cofradías de Sevilla. La primera vez que aquella obra vio la luz fue por entregas en el diario ABC en la cuaresma del año 1966. Tuvo tanto éxito aquel coleccionable que nueve años más tarde, en 1973, se editaría en formato libro. “Hubo gente que lo recortó hoja a hoja y lo llevó a encuadernar”, cuenta el autor. Hoy, casi cuatro décadas más tarde, está a la venta la séptima edición, reeditada en versión facsímil por la Universidad de Sevilla.

Mucho ha cambiado durante todo este tiempo en la Semana Santa sevillana. Más aún en el mundo del costal, eje sobre el que gira la obra de Burgos. Entonces las cuadrillas formadas por profesionales del muelle amenazaban con huelgas y ahora sobra gente en cada igualá. “Hay hasta lista de espera para entrar en una cuadrilla. Por ejemplo, me harté de recomendar a conocidos a Luis León para que entraran en el paso de la Macarena y no había manera de meterlos”.

La llegada de los costaleros hermanos provocó una revolución en la concepción de las cuadrillas y en el andar de los pasos. Burgos detecta hasta un cambio en el lenguaje. “Ahora existen términos que definen aspectos que antes no había”. Uno de ellos es el conocido movimiento puesto de moda por los misterios trianeros de avanzar con el pie izquierdo. Burgos nunca fue muy amigo de las estridencias en el andar de los pasos, pero asegura que este Lunes Santo se reconcilió, “por una vía etnográfica”, con la forma de llevar los pasos en el otro lado de la orilla. Vio la entrada en Campana del Señor del Soberano Poder y le recordó mucho a las cofradías de Cádiz. “Estoy muy vinculado con esa ciudad y pensé que Triana es el barrio más gaditano que hay en Sevilla. El movimiento de costero a costero me recordó mucho a los cargadores, al paso de horquilla que lleva el Cristo de la Misericordia, que además estaría en la calle a esa misma hora”.

La eliminación de cuadrillas profesionales supuso además el cambio de unos hombres desnutridos y mal alimentados bajo los pasos a unos chicos fuertes y cada vez más preparados físicamente. “Ayer me encontré a mi sobrino cuando iba a dar un relevo en el Cristo de la Expiración del Museo. Él es un joven bastante alto y me dijo que iba en la sexta trabajadera. Lo primero que pensé es que en la primera irían jugadores de la NBA”. Mientras los costaleros son cada vez más altos, las parihuelas, faldones y zancos conservan la talla de antaño, “y ya a algunos se les ven hasta las corvas por debajo del paso”. El cambio llevó también al aumento de los ensayos previos para que todo discurra a la perfección. “Para mí se ensaya demasiado. Se ha perdido la emoción de una salida de un palio que pegue con las perillas en un dintel. La ojiva de San Julián estaba antes de su restauración llena de golpes y ahora el paso cabe sobrado. Hace treinta años llegaba el hombre del muelle reventado, que no sabía ni qué cofradía sacaba, y le pegaba un perillazo a la puerta como Dios manda”.

Volviendo a la renovación lingüística, el autor nota que se pierden algunos términos clásicos del costal. “Casi no se usa ya trabajadera, que se ha sustituido por palo. Además, la gente no habla de vuelta sino de revirá”. Aprovechando la esquina, Burgos pasa del cambio en el habla a la renovación en el terreno de la música sacra. “Ya no se concibe una vuelta sin una marcha. En la época en que escribí este libro los pasos daban la vuelta de forma rápida porque no había bandas como las de ahora. Sólo estaba la banda de Soria y todos los cofrades íbamos detrás del palio que la llevara: el Socorro, las Aguas, el Dulce Nombre... Una revirá en una esquina en esta Semana Santa puede durar varios minutos y más de una marcha. También las cornetas han alcanzado una polifonía admirable”.

Sobre la actual Semana Santa, dice Burgos que lo mejor que ha visto ha sido la vuelta –“me resisto a utilizar el término revirá”– de la Virgen de los Dolores de la Hermandad de las Penas

de San Vicente para enfilear la calle Sierpes. “La mayoría de los pasos dan la vuelta ahí como si fueran coches. Pero cuando veo a Antonio Santiago me acuerdo de Rafael Franco y sus ratones. Llevó el paso hasta la tribuna, con las maniguetas metidas entre las sillas, y mandó la derecha delante de una forma magistral”, describe el periodista, en una suerte de homenaje a aquel capataz cuyo nombre rotula una callejuela ubicada muy cerca del lugar de la revirá de

Sierpes.